

MADRE, MAR, MARTA...
JOAQUÍN COPEIRO

narrativa

de DESCRITO
EDICIONES

¿Y dónde iba a nacer si no era allí? ¿Y cómo habría de plantar su madre aquella flor de siete meses, sino en el regazo de una sierra bordada de encinares, con hadas desmelenadas hacia el este y el oeste, y otras hacia el valle y el arroyo, y hacia la cumbre de las águilas y de los maquis? En ningún otro lugar del país había tal cúmulo de encinas, ni, por lo mismo, tantos guarros esculpiendo sus traseras con bellotas. Las encinas, las bellotas, los guarros, y una mujer que sazónaba su sangre, también la que él mamó en el vientre de ella, con jamón, parcas las lonchas, pero de jamón al fin, y leche de vaca espesa como la mantequilla, proteínas blancas, y grasa, azúcar y sales blancas, maná blanco y gratuito para la madre, sus mamas, y para el morro de su única cría. *Desde entonces, aborrecí el jamón, aunque no la leche. Casi no había pan; pan, no; ni harina. Hoy ceno cada noche leche con pan migado, o ensopado, como dicen otros. Este es el secreto de mi longevidad. Porque quiero vivir muchos años más, quiero verte envejecer junto a ella como te vi crecer, bello, pujante, seguro de ti mismo, pues has de saber*

que no existe mayor felicidad para una madre, desde luego que para unos padres, que la de ver a sus hijos felizmente asentados en el porvenir de sus luchas y de sus sacrificios. Eso sólo se comprende con los años. No había otra carne, ni pescado, ni fruta, ni legumbres. Tampoco había café, sino achicoria, un lodo de achicoria las más de las veces, que arrastraba los detritus del estómago y de los intestinos: se hacía de vientre al rato de desayunar y el cuerpo se tornaba ligero como la pluma de Newton. El azúcar no se había vuelto a ver desde la guerra, porque se emplearon todas las existencias para edulcorar la amargura de la posguerra que sacudió al país entero, y de patatas, las mondas. Mondas asadas en el brasero para guarnecer el jamón y un tazón de leche sin hervir, sin miedo a unas tifoideas, que un poco de picón para calentarse las piernas fue todo el carbón que entró en la casa aquel invierno, y el miedo de los primeros años al paredón o a la cárcel había arrumbado de por vida los demás miedos, también el miedo a la fiebre.

O sea, nada de nada, una miseria como el silencio de Dios, que decía su amigo Quique, ¡cuánto agradecía a la vida o al mar el haberlos juntado al cabo de tantos años! ¿Y el jamón que le llegaba a ella? ¿Y la leche? Los maquis, los cuatro maquis que habían quedado de

la 1ª Agrupación, «maquis» y «agrupación», palabras emotivas, le tensan el espíritu, el bueno de Manolo y otros tres, que aún resistían en aquella cumbre tan escarpada de la sierra protectora, le arrimaban al corral jamón y leche un día sí y otro no, o mejor, en madrugadas alternativas: ¡jamás lo supo nadie sino ella, ni los vecinos, ni los guardias civiles! Desde que su marido murió, en el mismo penal en que años antes lo hiciera Miguel Hernández, sus antiguos compañeros le apadrinaron el hijo que concibió a pesar de todo,

en esa oscuridad sobrevenida,

tú te aferras tenaz a aquella luz,

silenciosas las manos,

sepultado el charol de los tricornios,

ahuecado el dolor,

para que la esperanza venza al miedo,

y ella les estuvo infinitamente agradecida, segura de que su difunto esposo desde entonces descansaría en paz, *fue muy tierno, ¡tan tierno!, en aquella noche inolvidable al fin, porque entre sus muslos supe que concebiría un hijo de bronce, alegría de mi viudedad o de mi vejez, porque también presentí que conocería la muerte del dictador y que tendría ocasión de brindar por ello contigo, placer inaudito que no me resignaba a perderme aunque tuviera que vivir*

cien años, le apadrinaron el hijo y le proporcionaron el jamón, la leche y el picón; las mondas de patatas se las tiraba la vecina por encima de la tapia del patio.

Cuando el niño nació, un tanto esmirriado por la corta gestación, y ahora sus dedos pasean ágiles por el teclado con el virtuosismo de un artesano, algunas vecinas se compadecieron, le ayudaron en el parto y en la convalecencia, y hablaron con el cura para que le encargara la limpieza de la iglesia, tú, hija mía, puedes defenderte con lo que te demos del cepillo, pero a tu hijo, si estuviera en tu mano, ¡ay, si lo estuviera!, jamón y leche, como decía el doctor Vizcaíno, de triste memoria, pero una autoridad en la materia.

El cura estaba recién llegado, que el otro, el viejo don Ineso, el que, mientras limpiaba tranquilamente con el pañuelo los cristales de sus gafas redonditas de concha, denunció a su marido ante el capitán que mandaba las tropas y que ahora, sin duda, la hubiera anatematizado, y así siguen, que no es otro el afán que los anima, anatemizar, anatemizar, anatemizar, la hubiera anatematizado, dando saltitos de prepotencia sobre sus talones, por lujuriosa, inverosímil para él que los esposos concibieran al hijo aprovechando un «vis a vis» en el penal o a partir de una fuga esporádica

y breve del preso, ese viejo don Ineso había pasado a mejor vida el mismo día en que ella se quedó preñada. Ni don Ineso vivió para condenarla, ni tampoco para testar sobre el asunto en la persona del nuevo cura; ni las vecinas que intercedieron por ella le dieron a este más datos que el de su maternidad enviudada. «Su esposo acaba de morir de tuberculosis», y no «El padre dicen que murió en la cárcel recientemente»: no era lo mismo, que en este último caso, el cura habría podido deducir, tanto del pretérito que nucleaba el segundo predicado, como de las circunstancias de lugar y tiempo que lo complementaban, la improbable paternidad del recién fallecido, que, además, sería rojo, y las sospechas por todo ello acaso resultaran definitivas; «Su esposo acaba de morir de tuberculosis», sin embargo, no implicaba necesariamente desafección del susodicho al Movimiento, ni la imposibilidad de que el pobre tísico yaciera con su esposa poco antes de morir. Pues este cura más joven, sabedor de que la escasa caridad cristiana de su antecesor había dejado en el pueblo una huella macabra, heredero tal vez, por tanto, de una relativa mala conciencia eclesiástica, que hoy no tienen porque la descargan entera sobre los hombros del país que los escucha a través de la televisión, accedió a la petición de

las mujeres. Y además, y esto fue algo muy importante, el cabo de la Guardia Civil hizo la vista gorda. ¡Extraña la actitud del cabo! Pero el cabo, falangista y anticlerical, sólo acudía a la iglesia por mandato del Caudillo, y no tenía el más mínimo interés en relacionarse con el cura, ni para informarle acerca de las inclinaciones políticas de sus parroquianas, ni para pedirle participación en las confidencias que, de las mismas, pudieran resultar interesantes para la defensa del Régimen. De otra manera, acaso hubiera disuadido al cura de ayudar a la viuda de un rojo. Así que ella comenzó a valerse por sí misma y a criar a su hijo. Y aunque en su casa dispuso desde entonces de una alimentación más variada, continuó como pudo con la leche y el jamón, convencida de que el consejo del cura, del aparente buen cura, se ajustaba fielmente a algo tan natural como las encinas del valle.

A base de leche con sabor a jamón, el niño fue creciendo, claro, pero siempre acostumbrado a un gusto tan limitado, guarro y legumbres, que solo su esposa, una vez casado y pasados los treinta, consiguió introducirlo en los frutos de la huerta o en la ternera y el cordero, y el mar océano, en los suyos; aunque jamás lo apartó de un desayuno con jamón –pero nunca con *pan tumaca*, que siempre prefirió el jamón en estado puro,

sin interferencias— y leche, pasteurizada, eso sí. Con todo, cuando en su veintinueve cumpleaños probó por primera vez la tortilla de patatas de doña Leonor, ¡por primera vez, que en los internados en que anduvo pasaba sus raciones de tortilla, entre otras, a los compañeros de mesa!, supo, al fin, de otro manjar capaz de competir, en igualdad de condiciones, como decía Cela cuando le dieron el Nobel, con el producto estrella de su tierra. Y eso ocurrió precisamente el día de su boda con Marta, un veinte de julio: fue la fecha que le concedieron en un juzgado aún bastante reticente a tal tipo de actos. A la boda acudieron sus madres respectivas y un puñado de amigos íntimos. Comieron en casa de doña Leonor un menú impuesto por la novia: jamón ibérico, claro está, pero luego ensaladas variadas, tortilla de patatas y natillas de huevo. Pablo encajó el menú con cierta prevención, en todo caso, siempre podré repetir jamón; solo que cuando Marta le adivinó las intenciones, primero le tasó el ibérico y a continuación le endilgó una tortillita. Entonces él, expectantes los presentes frente a sus insospechadas reacciones, cerró los ojos, los abrió, besó a la novia en los labios, tomó el tenedor en la diestra, ensartó un trozo del hispánico manjar, miró a su suegra, miró a su madre, cerró los ojos de nuevo

y se introdujo el bocado entre los dientes: masticó y masticó, y por fin saboreó la tortilla, y en su rostro fue dibujándose una sonrisa de placer, reflejada fielmente, además, en el gozoso entornado de sus párpados.

—¡Exquisito!

El aplauso de los suyos inauguró la etapa gastronómica en que acababa de ingresar Pablo por obra y gracia de su compañera. Eso sí: las ensaladas no las probaría hasta algún tiempo después.

El caso fue que Pablo niño se crió como las encinas, como los guarros de su tierra, como las vacas, y fue creciendo, por encima de lo que parecía vaticinar su gestación sietemesina, por lo que, en unos años, su madre pudo mandarlo a la capital para que se formara en un colegio de mala muerte, en que se había materializado toda el hambre de la maldita posguerra, *los jueves, te llevaba, con el permiso del cura, ¡siempre con el permiso del cura, o el del párroco o el obispo, que en este país no había quien diera un paso de otra manera!, pues te llevaba un buen trozo de jamón y un pan de hogaza, que yo ya podía conseguir.* Pablo no sólo no pasaba hambre, a pesar de malcomer en el colegio, sino que proporcionaba un succulento complemento alimenticio a dos compañeros, hijos ambos de un funcionario municipal desaparecido

el último año de guerra en extrañas circunstancias, *que lo fusilaron los rojos, hijo, o que lo ahorcaron los nacionales y que tiraron su cuerpo al fondo de la garganta, según con quien hablaras, porque fue radical, de los de Lerroux, solo que de buena fe, y lo persiguieron unos y otros, primero por ser de derechas y luego por republicano, y así fueron las cosas para quien evitó comprometerse con unos o con otros, que o estabas con la República o estabas con Franco, como ahora, que o apoyas el progreso o defiendes el pasado nacionalcatólico.*

Su padre, *tu padre, Pablo, dulce y cariñoso como tú y del que siempre estuve enamorada, y aún lo sigo estando,* había sido un maestro de la República, y ya se sabe que Franco pudo con casi todos, que a unos los llevó al paredón, a otros a la cárcel y a los más los inhabilitó de por vida. Pablo padre perteneció al segundo grupo, pero ya le hubiera valido ser del primero: se habría evitado el sufrimiento de sentir la mordedura de la enfermedad y de las chinches y las ratas en la sordidez de una celda fría y maloliente que aherrojó sus huesos desde los primeros días de abril del año treinta y nueve.

Pablo fue su padre, y su memoria presidió su infancia y su primera adolescencia, gracias a la tozudez indesmayable de su madre, empeñada en hablarle

continuamente de él como si aún viviera. También le habló de los maquis, y más de una vez le contó que le ayudaron con su nacimiento, que se lo facilitaron, *y que tanto me querían, que hicieron todo lo posible para que vinieras al mundo.* Sin embargo,

le brillaba el cabello de azabache,
la luna era su luz, su bienvenida,
y esa sonrisa de manteca y vino,
el pulso acelerado
bajo las uñas,
el palpito del héroe,
los tres colores más amados, vivos,
entre manos que apasionadamente
abrían las enciclopedias,
trazaban sobre el encerado
surcos de identidad, visiones, almas,

nunca le explicó las circunstancias concretas en que fue concebido, ni a él le han preocupado jamás, hasta ahora, en que la lectura de estos papeles le provoca una cierta curiosidad por el asunto, y puede que entre ellos se hallen los pormenores.

Muchas veces le relató la caída de Manolo y los suyos, *los últimos, fueron los últimos como dijo el ABC,* solo que por entonces ella podía adquirir el jamón y

la leche por propios medios para su niño de apenas tres añitos, desde luego que únicamente para él. Llegó al cuartel la denuncia de boca de un esquilador de ovejas nómada, burgalés por más señas, de los que vitorearon a Franco, brazo en alto, en noviembre del treinta y ocho a la puerta de la catedral de Burgos. Sin duda, buscaba hacer méritos para que los guardias lo dejaran trabajar tranquilo los domingos. El fulano dijo al cabo que se había topado en tal sitio con una cuadrilla de rojos de la sierra, que le habían dado de comer, jamón, pan y leche, muy bueno el jamón, francamente, y le habían ofrecido tabaco. El cabo organizó la batida con los del cuartel, sin dar parte a sus superiores, porque también quería medallas y ascensos. Subieron los guardias a la sierra de noche y pertrechados como si fueran a conquistar una colina de las Árdenas, delante el burgalés de pro. La luna se escondió, los guardias se arrimaron al campamento, lo rodearon, salió la luna, los del tricornio echaron el alto a los maquis, los maquis se rindieron manos arriba y los otros descargaron sus fusiles a bocajarro sobre los cuatro hombres, sin miramientos, agujereándolos como monigotes de feria, o como si se tratara de simples espantapájaros, o de dianas en un campo de

tiro. Bajaron sus cuerpos en mulas y los abandonaron en medio de la plaza. Allí los dejaron expuestos, y te tragas las lágrimas como esquirlas de hielo,

hasta que comenzaron a acudir los buitres al hedor de la carroña. Hicieron fotos, atestados, partes, comunicados, informes y, al final, trasladaron al cabo a la capital con un ascenso, que era lo que él quería. Un episodio más, epilodal, de la guerra civil que habían heredado, como el hambre, como el miedo, como la aparente y silenciosa indiferencia de los vecinos. Pero no el único episodio sombrío y belicoso. ¿O acaso no era guerra lo que se respiraba aún en los recreos de aquel internado de la capital, ruin y cavernícola, quevedesco sin duda, en el que ingresó para iniciar sus estudios? En el patio se juntaban todos los chicos del colegio: externos la mitad de ellos e internos la otra mitad; de estos, unos pocos de pago, pero la mayoría, huérfanos sin posibles, uniformados con batín gris y maloliente, rapados y con los carrillos *abducidos* por la escasez de comida. Las limpiadoras oreaban las habitaciones de los de pago, estiraban las sábanas, y puede que entonces encontraran, debajo de una mesa o de una cama, un mendrugo de pan duro y empolvado por toda una posguerra de sequía

y privaciones, ¡chicos, ahí va eso! El mendrugo volaba desde la ventana al patio y un enjambre de huérfanos se lanzaban a por él, como judíos en un campo nazi. Hacerse con el mendrugo era una auténtica gesta paramilitar, y solo lo conseguían los mejores; la especie, pues, se seleccionaba en un proceso natural, *división azul* de la infancia, *cruzada de los niños* a mitad del siglo XX.

Todo era guerra aún, y guerra también cuando el maestro, hombre de orden y falangista, agarraba a uno de los huerfanitos de las orejas, ojos de carnero degollado, lo izaba del suelo hasta enfrentarlo a la regla de tres del encerado, cuyo carácter inverso el chico no acababa de entender, y golpeaba la cuenta con las narices de este, para que se le abrieran las entendederas. Guerra y *Cara al sol*, la bandera arriba y abajo, y en las clases de Gimnasia, ¡derecha, ar!, ¡media vuelta, ar!, ¡firmes, ar!

Todo un remanso, un oasis, un islote de imaginación, constituía, en aquel mundo donde el Guerrero del Antifaz, icono posterior del Equipo Crónica, campaba por sus respetos y ensartaba moros a diestro y siniestro, el pequeño porche del patio del colegio que protegía la entrada al estudio, porque allí, cada día, él narraba a sus amigos historias de ficción, aún escribe cuentos,

y a veces se los publican, que ni sacadas de las novelas de Julio Verne, y los amigos trocábanse entonces en un friso de caras boquiabiertas, entregadas sin condiciones a las espectaculares dotes de su bullente magín.

Tu maestro me llamó para que viera la última redacción que habías hecho. «Yo reconozco», me dijo con esa voz atiplada que tenía y que él pretendía camuflar con su mostacho de brocha, «que no está mal escrito, pero esto de que para hablarme de la redención por el trabajo se me descuelgue con un viaje interplanetario del Caudillo para inaugurar un pantano en Venus es algo que puede resultar un tanto enfermizo, ¿no le parece?». La verdad, Pablo, es que siempre tuviste demasiada imaginación. De todas formas, el maestro acabó dándote un ocho en la redacción, por lo bien escrita que estaba. «Pero no le puedo dar un diez», me dijo con la voz más atiplada que antes, «porque eso de mandar al Caudillo en una nave espacial a Venus me parece que está fuera de toda medida». ¡Cuánto me tuve que reprimir para no responder a tu maestro que ojalá el Caudillo se largara a Venus a inaugurar pantanos y se quedara allí para siempre! ¡Y cuánto me reí conmigo misma el resto del día recordando la voz de tu maestro e imaginándome en Venus a «La Espada Más Limpia de Occidente»!

De su madre le sorprendieron muchas cosas a lo largo de la vida, porque fue un personaje singular: era valiente para afrontar un problema, clarividente para alumbrar su solución y fuerte para apechugar con ella. Y además, gozaba de una belleza heroica que enaltecía aún más sus cualidades. Por eso, el día en que el Jefe Local del Movimiento entró en la iglesia, dando voces al cura, desaforado y con las venas de a cuarta, *que quién lo había mandado a él contratarme habiendo tantas mujeres muchísimo más honradas que yo en el pueblo, su cuñada sin ir más lejos*, ella, que estaba fregando el coro, soltó la aljofifa, apartó el cubo, se irguió sobre su propia dignidad, se acercó al tío zanguango aquel, se echó atrás los mechones que le caían sobre la frente y le atizó un par de bofetadas que restallaron en la nave como dos impactos de proyectiles. El jefecillo se quedó mudo, paralizado, temblándole de ira el bigote de alférez provisional, y con un ardor tan intenso en las mejillas, que no tuvo más remedio que salir escapado en busca de aire que lo aliviara. Probablemente, ante el temor de tener que apechugar con las burlas humillantes de los guardias, le faltaron arrestos para denunciar el caso en el cuartel, y, Jefe del Movimiento y todo,

pasionaria también tú, guerrillera,
que buscabas la punta del venablo
para soldarte a él y a su recuerdo,
se vio obligado a encajar sin más las dos hostias, Pablo
se ríe ahora al imaginarse a su madre arreádoselas al
jefe fascista, y se cachetea la cara con ambas manos,
aunque tomando, vengativo, el del Movimiento, nota
de ello. Su madre supo desde entonces que su hijo y ella
sobraban en el pueblo.